



Elisa Ramírez Castañeda

“*Collage* o modelo para armar alrededor del Tigre de Álica”

p. 285-300

El héroe entre el mito y la historia

Federico Navarrete y Guilhem Olivier (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos

2000

358 p.

Figuras

(Serie Historia General 20)

ISBN 968-36-8095-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/374/heroe_mito.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



COLLAGE O MODELO PARA ARMAR ALREDEDOR DEL TIGRE DE ÁLICA

Elisa RAMÍREZ CASTAÑEDA

Konrad Preuss recopila esta historia, “Los hijos de Tonati”, (Toakamu o ídolo del sol) en *La expedición a Nayarit*:

—¿Nos regalarías alguna de tus camisas? —le pidieron a Kaurikamu—, tú tienes muchas, nosotros no tenemos.

—¿De veras las quieren?

—Sí —dijo el mayor.

—¿Tú cuál quieres?

—Ésta, la que tiene figuras.

—Ahí está —y él la tomó. Y luego preguntó al menor.

—¿Cuál quieres?

—Ésta, con rojo y amarillo. []

Iban por el río y acamparon cerca de la ciudad, allí estuvieron. Ya había caído la noche y se pusieron a discurrir qué hacer.

—Vamos a cavar un pozo.

Terminaron de hacerlo bien, luego se fueron a Santiago, anduvieron de ida y de vuelta, entraban a las casas sin que nadie los notara. Sacaron dinero, ropa, jabón, azúcar, vino, pan, maíz y arroz. Tomaron todo y entonces regresaron por donde habían venido y llegaron a descansar. Guardaron lo que habían robado en el pozo, allí lo dejaron.

Cuando oscureció otra vez se alistaron, se vistieron. Esa noche los esperaban en Santiago. Colocaron soldados y perros en las puertas de las casas. Otros hicieron guardia toda la noche en los caminos, bien prevenidos:

—No se duerman, van a regresar los ladrones.

Por el camino andaba el león, por el camino andaba el tigre, caminaban y gritaban. Lentamente se acercaron hasta que llegaron al lugar. Muchos los vieron, se dieron cuenta, los persiguieron, soltaron a los perros, les dispararon. Enseguida retrocedieron y escaparon de los perros, corrieron camino arriba y los soldados tras ellos, a caballo, los perros: los cercaron. Pronto llegaron, a saltos, a un lugar muy lejano, de donde habían partido, se escondieron entre los hucuixtles. Los perros y los soldados se detuvieron.

—¿Qué hacemos? —se preguntaban, mientras rodeaban el lugar.

Quemaron los hucuitles y el matorral encendido hizo una enorme lumbrada, el humo se elevó hacia el cielo. Cuidaban que no salieran del cerco. El fuego terminó de arder, se apagó, se enfrió.

Entonces se acercaron. El sótano estaba en medio, bien tapado con piedras. Los apresaron y los amarraron.

Capturaron a dos hombres, los amarraron bien, sacaron [todo] y lo regresaron a las casas de Santiago. Entregaron a los prisioneros.

—Aquí están los ladrones que robaron.

El comandante los vio y ordenó:

—Al mayor quémenlo. [] Al menor descuartícenlo y échenlo al agua.

Tras escuchar las órdenes fueron por leña para hacer el fuego. Ya ardía y el mayor estaba allí amarrado. Lo echaron a la lumbre. Se quemó y murió. Se levantó una gran humareda hasta el cielo, allá se disipó.

Luego llevaron al menor al río. Lo descuartizaron y lo echaron al agua:

—¡Por ladrón!

Llegó al fondo del río, desapareció.

El Padre, allá lejos, hizo un corte al árbol de zacalosúchil cuando vio la humareda levantarse. La savia era negra y roja, del color del barro.

Toakamu entristeció al instante.

—Mataron a mis hijos. Eso sucedió. ¿Cómo fue posible que murieran?¹

El séptimo cantón de Jalisco, hoy estado de Nayarit, fue dominado durante 18 años por el Tigre de Álica, Manuel Lozada, a la cabeza de la “numerosísima y belicosa raza indígena, la cual era ya entonces gente de guerra, y muchas veces victoriosa”,² reconoce su enemigo, Ramón Corona. Forajido, bandolero, liberal y conservador, imperialista y republicano, luchó durante la guerra de Tres Años, la Intervención Francesa, el Imperio y la República Restaurada. Enfrentó, a su manera, el conflicto de los serranos contra los jaliscienses, el de los indios contra los vecinos, el de los intereses extranjeros contra los nacionales, la desamortización, la separación del Estado y la Iglesia.

Tras una primera etapa de forajido, Manuel Lozada forma una banda que se opone a la Constitución, con el lema ¡Viva la religión!

¹ Konrad Th. Preuss, “Los hijos de Tonati (Toakamu o ídolo del sol)”, en *La expedición a Nayarit*, traducción inédita de Ingrid Geist Preuss, p. 442-458.

² Vigil, José María, *Ensayo histórico del ejército de occidente*, en Mario Alfonso Aldana Rendón, *Rebelión agraria de Manuel Lozada: 1873*, México, SEP/FCE, 1983, p. 95.

Desencantado y perseguido, no tuvo más “refugio que el de incorporarse con los indígenas de los pueblos unidos”,³ confiesa la primera vez que solicita indulto, en 1857. Más tarde se convierte en defensor de los intereses de la importante empresa Barron, Forbes y Compañía, que lo apoyó con armas y dinero. Lo protegen también, durante este periodo, otros ricos comerciantes de San Blas que controlaban la aduana, los aranceles, monopolios y hasta el contrabando, del que obtenían formidables rendimientos. Amparado por el decreto de Santos Degollado que autorizaba a indios y hacendados para tomar las armas contra los invasores de tierras, cuenta también con la ventaja de aprovechar la rivalidad entre San Blas, Tepic y Guadalajara.

En 1861, por primera vez, una carta del gobernador que comenzaba con un jubiloso anuncio “¡Murió Lozada!”, provocó también múltiples cartas de felicitación y en diversos lugares se organizan vistosos festejos. Lozada da su apoyo a Juárez, en 1863, cuando éste subordina al séptimo distrito militar a la Federación y el gobierno federal se compromete a la defensa de los indígenas en cuestiones de tierra. Tras la toma de Tepic se le otorga a su pueblo natal la categoría de ciudad y el nombre de San Luis Lozada. Cuando rompe con Juárez es ferozmente atacado por los liberales. Vigil, por ejemplo, opina que es “bárbaro, rencoroso, fanático e ignorante”;⁴ Payno le acusa de ser un “forajido comunista” cuando comienza con sus expropiaciones y restituciones —entre 1857 y 1868. Lozada declara, al expropiar la hacienda Las Mojarras de sus antiguos protectores, que se levantó en armas “no para usurpar lo ajeno, sino para recobrar la propiedad [antes] usurpada”.⁵ Comienza por entonces su fama de acumulador de tesoros, de fanático y de sanguinario. En un documento titulado Plan de San Luis reconoce a Maximiliano como emperador, como muchos otros levantamientos indígenas también lo hicieron. Maximiliano otorga al Tigre de Álica el grado de general de brigada y Bazaine le encomienda la Comandancia del Territorio de Tepic, pero Lozada nunca permitió la entrada de los extranjeros a “su” cantón.

Lozada recibe una invitación para ir a la capital, así como una espada con el águila bicéfala de los Hasburgo labrada en el pomo, la orden de la Legión de Honor y la de Guadalupe (grado 575, puntualiza Meyer),⁶ y un retrato con marco de diamantes. El general Lozada alega que su estado de salud le impide el viaje, y envía un certificado

³ Margarita Blanco Rugerio, “La revuelta de Lozada, un movimiento campesino del siglo XIX”, tesis profesional, México, ENAH, 1982, p. 73.

⁴ *Ibid.*, p. 173.

⁵ Jean Meyer, *Esperando a Lozada*, México, Hexágono, 1984, p. 242.

⁶ Jean Meyer, *La Tierra de Manuel Lozada*, México, UDG/CEMCA, 1989, p. 367.

donde se asienta que padece infección pulmonar crónica y en el margen se añade: tuberculosis en último grado terminal (vivió ocho años más). Según Margarita Blanco, el enviado imperial, Iribarren, regresó a la capital sin poder entregar la espada, muy disgustado.⁷ Otras versiones cuentan que, al buscar al general, los emisarios imperiales preguntaron a un campesino con calzón de manta con su yunta dónde podrían encontrarlo. “Aquí está su servidor” contestó Lozada.⁸

En 1866 se declara neutral y los liberales jaliscienses interpretaron su gesto como mero separatismo y comienzan la ardua lucha por recuperar el cantón. Ramón Corona, irreductible liberal de Jalisco, fue el implacable perseguidor de Lozada. Desde 1859 formó un pequeño ejército para combatirlo, cuando trabajaba en las minas de Montaje, cerca de Acaponeta, y se lanza tras el bandolero con su pequeño ejército, “Los Libres de Ixtlán”. Fue él quien defendía Mazatlán cuando Lozada lo tomó en 1864, para Bazaine y Maximiliano, y fue derrotado por el Tigre días después en La Concordia, Sinaloa. Cuando Lozada se retira de las contiendas, Corona pide anuencia a Juárez para atacarlo, pero como ya estaba en Querétaro, durante el ataque final contra los conservadores, no pudo hacerlo de inmediato.

Lozada escribe a Corona, su encarnizado enemigo, una carta donde solicita clemencia para Maximiliano, Miramón y Mejía, el 29 de mayo de 1867: “Le parecerá a usted extraño que yo le escriba [es] la primera vez que me resuelvo a solicitar algo a mis enemigos personales.” “De ninguna manera me ha parecido extraño que usted me escriba a nombre de todas las tribus del Nayarit”, contesta Corona. Al mandar las misivas a Juárez, el mismísimo Benemérito responde: “Nada tiene de extraño que Lozada haga tal solicitud porque como hombre y como partidario debe interesarse en la salvación de sus correligionarios”.⁹

El reconocimiento a Juárez y su gobierno le garantizan el respeto y la protección de éste, provocando la furia de los liberales de Jalisco. En 1870 lanza un manifiesto a la raza indígena y demás individuos de la clase menesterosa del pueblo mexicano, calzado con 150 firmas, en representación de 70 pueblos, villas y haciendas. Ampliamente estudiado, es uno de los documentos más importantes de la lucha indígena

⁷ Margarita Blanco, *op. cit.*, p. 143.

⁸ Versión de Meyer, *Esperando...*; González y González en *Historia Moderna de México, La República Restaurada, La Vida Social*, coordinador Daniel Cosío Villegas, México, El Colegio de México, 1956 y Victoriano Salado Álvarez, *Episodios Nacionales XII, Ramón Corona*, México, Málaga, 1945.

⁹ Margarita Blanco, *op. cit.*, p. 148 y ss.

en México. Al margen de esta insólita e interesante proclama hay, entre admiraciones, una nota que lo califica así: ¡Extravagante!¹⁰

En 1871 Lozada queda tuerto y con una mano casi inútil, nuevamente se le da por muerto. Él, a su vez, escribe de nueva cuenta su testamento político. Por fin, Lerdo cesa todo su apoyo a Lozada y le solicita que acate la Constitución, obedezca las leyes, no dé amparo a enemigos y se someta a tribunales civiles. La respuesta es la proclama del Plan Libertador de 1873, semejante al anterior y al de La Noria, de Porfirio Díaz, quien propone una alianza al Tigre de Álica, nombrándole Jefe de la Cuarta Línea Militar y reconociendo como estado al séptimo cantón de Jalisco. Reitera, en otra misiva: "le ofrezco por segunda vez mi justa estimación de ¡Compañero!! y amigo".¹¹ Lozada no acepta; se lanza a una última ofensiva sobre Guadalajara, Mazatlán y Zacatecas y llega hasta Tequila con 6 000 hombres y 300 jinetes huicholes. Los Pueblos Unidos se lanzan contra Mazatlán y los coras atacan Zacatecas; tres ejércitos en forma: más de 11 000 alzados, pero finalmente es contenido y, tras la rendición de sus hombres, Lozada se retira de la vida política; pero continúa siendo asediado por Corona y poco después es aprehendido y fusilado.

Durante la última mitad del siglo pasado, estuvo la tribu en gran desorden a causa de las rebeliones de Manuel Lozada, azteca civilizado de las cercanías de Tepic. [] "Tenía gran talento militar y se dice que siempre que lo deseaba reunía millares de soldados sin costo alguno", cuenta Lumholtz.¹² Este hombre no cedió a los ofrecimientos de Maximiliano, Juárez o Díaz, y declaró en su última proclama que el dominio de opresores y verdugos "dejará de existir el día que la luz del Evangelio y la verdadera libertad alumbre con sus destellos el alma del pueblo mexicano".¹³

El movimiento de Lozada fue respaldado por coras, huicholes y tepehuanos y dominó el actual estado de Nayarit; "no obedecía leyes ni conocía superiores"¹⁴ y su influencia se extendió desde las playas de Mazatlán hasta las riberas de Chapala. Entre uno y otro extremo se extiende una red de ríos que corren al fondo de hondas cañadas entre

¹⁰ Jean Meyer, *Esperando...*, p. 255.

¹¹ Carta del 25 de abril de 1872, Margarita Blanco, *op. cit.*, p. 199.

¹² Carl Lumholtz, *El México desconocido*, México, INI, 1981, t. 1, p. 479.

¹³ Circular a los jefes de los pueblos de Nayarit, 1867, Margarita Blanco, *op. cit.*, p. 162.

¹⁴ Ireneo Paz, *Algunas campañas*, p. 198.

mesas recortadas sobre filosas barrancas de difícil acceso. Antes y ahora, fueron y son inexpugnables y agrestes y refugio de esclavos, forajidos, desertores y malas almas.

Sus habitantes, auxiliados por la geografía, resistieron conquista, evangelización, codicia y todo intento de asentamientos. En tiempos del Tigre de Álica los coras eran guerreros, “cocodrilos”, dice Luis González y González¹⁵ que les llamaban los huicholes, más religiosos que beligerantes. Los primeros jesuitas intentaron establecerse en la sierra y fueron sacrificados en 1616 por los tepehuanos. En 1721 el Tonati, gobernador de la tribu, acompañado de 25 coras y custodiado por su protector, don Juan Torres, y otros militares, se presentó en la barroca capital de la Nueva España para declarar su voluntad de someterse a la corona y a los “padres prietos”. Sonada fue la llegada de las indómitas fieras del norte a la corte. El virrey recibió de manos del Tonati ofrendas, el bastón de mando y un pliego de demandas y le obsequió a cambio un bastón chino con empuñadura de oro y una silla de montar rebordada; mandó hacerle un rico traje y una capa a la manera española y le dio una cruz de oro, además de otorgarle el título de Gobernador de la Sierra a su protector. El Tonati no accedió a su conversión en la corte, pero prometió bautizarse en la ciudad de Zacatecas; sin embargo, antes de llegar llegar con su padrino, el conde de Santiago de La Laguna, el demonio disfrazado del Rey Nayar se le aparece y reprocha sus tratos con los españoles. Escapa. El conde cae en un estado de engreimiento y pierde la razón ante tan traidora conducta.

En Zacatecas alcanzaron a Antonio Tonati pero ya sabía que lo buscaban. Se escondió, escapó, se reunió con sus paisanos y se fugaron. El Tonati cantaba. Les enseñó y hasta el día de hoy saben bailar mitote. Escucharon sus palabras como si fuera un padre. Hoy saben bailar y hacer mitote porque él les enseñó.¹⁶

El indio Tonati, al parecer tuerto, murió y continuó la lucha el Gran Teul Océlotl. También luchó, desconociendo la paz ofrecida por su antecesor, el apóstata ciego Cucut, quien declaró que mantendría su adoración por el rayo; Tahuicole ganaba las batallas, “decapitando españoles con su machete”. Tras un siglo de levantamientos, expulsiones y guerra en 1722 se pacificó la zona y los religiosos prosiguieron su labor de educación cristiana. Auxiliada por Señor Santiago triunfó la fe y se establecieron las primeras misiones franciscanas y los jesuitas. Durante la toma de La Mesa, se prendió fuego al adoratorio del sol. El sable de Tahuicole y el presunto esqueleto del Rey Nayar hallado en el adoratorio

¹⁵ *Ibid.*, p. 135.

¹⁶ Preuss, “Antonio Tonati”, en *La expedición a Nayarit*, p. 527-528.

indio fueron enviados a Zacatecas, donde se quemaron, en Auto de Fe público, en la plazuela de San Diego, el primer día de febrero de 1723: “a dichas cenizas se les echó agua, y antes de caerle para apagar el fuego sobrevino un viento o remolino muy copioso en el mismo lugar del brasero y oscureció el lugar de manera que las personas y concurso de gente que se hallaba presente no se podían ver”.¹⁷

El señor obispo encargado en 1984 de la zona cora y huichola me cuenta que existe una curiosa creencia: el esqueleto del rey Nayar se oculta bajo el estuco del hermoso Cristo que custodia la puerta de la iglesia de Jesús María. Aquí se quitan los huaraches y piden anuencia para entrar. Me dice el religioso: “mírele las costillitas”. Aunque deben haberlo alargado, pues no hay indios de ese tamaño, es casi un gigante. Dejan allí algodón y rositas. El algodón está formado de hebras, hilándolo se forma la oración, que así sube hasta el cielo.¹⁸

Tras la primera derrota de los impíos procedió la evangelización a sangre y fuego. Hacia 1725 la rebelión era generalizada dirigida por el último Tonati, con el nombre cristiano de Juan de Acuña. La expulsión de los jesuitas en 1767 aumentó la tensión y la liturgia de los pueblos indios quedó en manos de los maestros de la capilla, sacristanes y mayordomos. Las manifestaciones del sincretismo, “a pesar de su base cristiana, son propias de gente bárbara y, poco a poco —dice el señor obispo— sin oponerse a la devoción primitiva, tendremos que hacerles ver la luz del Evangelio”.¹⁹

Abundan en este paisaje agreste las cuevas. Allí se hacen ofrendas y plegarias a los dioses, se cura, se ayuna. Allí se ocultan los riquísimos tesoros de cuanto ladrón, alzado y maldito acumulara algo; de allí sacó su fuerza Kieri; de las cuevas —boca del inframundo— provienen los sicuaques, bufones-cantadores. ¿Será el mismo cuento como ustedes lo saben? Un amigo de La Mesa mentó a ese Lozada, me platicó, hace poquito. Ayunó. No sé dónde, si en Huaynamota o en Jesús María. Cinco días ayunó y se fue a La Mesa, a un cerro alto. Allí duró otros cinco días. Entonces se metió a la cueva. Llevaba un machete. Salió por otro lado —dizque por ahí está una piedra de amolar. Se sabe dónde están las cuevas, las hemos visto, allí están las cuevas. Allí se puso a amolar, a afilar ese machete, su sable.

¹⁷ Informe del teniente Miguel de Orduña en Jean Meyer, *El gran Nayar*, México, UDG/CEMCA, 1989, p. 40.

¹⁸ Entrevista con el señor obispo en el templo de Jesús María, julio de 1984.

¹⁹ *Ibidem*.

Cinco veces cada lado. Cinco veces. Entonces ya lo levantó. Sale pura sangre. Goteaba, corría sangre en el machete y otra vez lo afilaba cinco veces.

De allí ganó y se vino, salió. Se vino y otra vez ayunó. Parece que él recibió un caballo, le dieron un caballo. Pero era un caballo comoquiera, corrientito, flaco. Cuando lo recibió engordó, quedó bien hecho, bien, bien. Cuando empezó la revolución él fue a pelearla con ese caballo. Va pa' Tepic, allí entraba. Y allí le peleaban pero no le ganaban. Y él nomás solo, con su caballo. Peleaba con sable, con ese machete tumbaba mucha gente, mucha gente. Y después perdió la gente de allí de Tepic, porque ya tiene sed, ya no hay agua al Tepic. Entonces le entregaron mucho dinero, se lo entregaron. El lo acarrió para allá, lo enterró por acá Huaynamota, otra por acá, otro poco por acá, otra aquí el pueblo. Acarreaba gente, unos quince, veinte. Y burros, a dónde va a hacer un pozo —grande—. Allí echa el dinero, luego a la gente, todo. La remuda, tenía que matarla también, y allí la echa. Primero la gente y luego los animales. El dinero está más abajo. Y ya se va. Junta otra más gente por ahí. No, pus le tenían miedo, dejaba a la gente que trabajaba con él, con los que andaba en la guerra. Pero así, juntaba mucho dinero, puro carga. Por acá están no se sabe cuántas cargas, están por aquí en San Pancho, por allá abajo. Hicieron la lucha ya para sacarlo, escarbaron mucho el pozo, ya lo hicieron. Diez metros, quince metros, por ahí. Cuando ya, ya, ya como ya van a alcanzar el dinerito, entonces se oye el ruido en la orilla, suena como una pistola, como un cerrojo. “Que órale, agárralo, a ver. Los vamos a agarrar y vamos a matar”. Sí. Y corren, así lo dejan. El difunto asusta, ésos difuntos que están muertos. Se oye, quesque por ahí vienen en la orillita. No los dejan escarbar más. En muchas partes, sabemos dónde. Pero ellos no dejan. ¿Quién sabe? ¿Será cierto? Nosotros no estamos seguro, nomás así el cuento, el cuento de Lozada. No dejan platicar esto, este cuento. Nos decía mi padre: “No hay que platicar a la gente de que viene de lejos porque van a venir muchos y van a sacar dinero”. Así dijo. Platicaba. Pero podemos platicar mejor, ya estamos platicando. Y no sabemos si van a hacer. No sé, quién sabe. Dicen que era cora. Hablaba cora, eso dicen.²⁰

Cuenta Zingg que el Señor Santiago, según los huicholes, estuvo cinco días en un manantial de agua helada para enfriar su corazón. Lozada ayunó en una cueva y de allí sacó su alma oscura: hizo pacto con el

²⁰ Entrevista con Fidel y Sixto Serrano, julio de 1984, Jesús María.

diablo, era saurino, enhechizaba para robar, podía hacerse invisible, no erraba tiro, no lo tocaban las balas, rápido hacía sus mandados, se volvía nagual, volaba y solía cruzar el Volantín de Lozada sobre su caballo, que centelleaba entre la brisa como un rayo: “a ese lugar, no se le mira el fondo, es pura bruma”.²¹ Aterraba —cuenta Kánare—, encantaba dándole vuelta a su sogá negra, a su cabresto. Mochaba. Tenía su machete. Cuando lo acosaban, ese Lozada se hacía invisible, sólo se le veía el machete, como si fuera un rayo.²²

El primer marakame malo fue Kieri, enemigo de Kauyumari, Tamatz Kauyumari o Marra Kwarri, vencedor de gigantes, primer chamán, hermano mayor identificado con la estrella Venus. Fue el primero en hacer peregrinaciones de peyote y en dictar leyes. Su nagual era el venado, el águila o el jaguar. Sus restos reposan en una gruta de la sierra.²³ Kieri, en cambio, es datura, zopilote, vampiro. De su cuerpo salieron enfermedades y maleficios. Es engañador, dueño de los pericos y protector de los brujos. Ayunó cinco días y echó a su comida palo molido que raspó a un ídolo. Fue el hombre-datura quien inició la brujería. Es él quien desbarranca a las personas, engañándolas con su música. Dormía a la gente, como Lozada, como el general Mezquite —que robaba a téhuaris con amuletos tepehuanos, recibía este apodo por la dureza de sus sentimientos y enterró enormes fortunas— o como Diente de Oro —maldito que, antes de su muerte, en 1969, debía 50 vidas. Por allá los duerme, ya tenía esa maña: abría las puertas, entraba adentro para sacar el dinero y así anda, con otros compañeros. Ya se vienen para acá. Y por ahí están, por ahí andan, p’acá bajo, acá, pa’cá en la costa, se van allá. En la tarde se van allá para arrimarse cerquita, a la hora. Cuando ya es noche, que ya se duerme la gente poquito, ‘onque tiene algo así; como que se va a dormir nomás. Abre la puerta, ya saca el dinero, tiene dinero. Y juntando gente, porque lo acompañaron muchos. Yo creo que algo pidió por ahí en algún diablo, porque ¿por qué les llegaba que cuando, si no prenden la vela pronto? Tenían velas grandes, si no las prendían pronto les llegaba, como un accidente, bien les llegaba. ¿Y por qué mataba cinco gentes en un momento? Si no prendían la vela, les daba con un machete. Prontito. Solamente que

²¹ Entrevista con don Toño y Micaela, Pochotitlán, abril de 1987.

²² Entrevista con Aurelio Kánare, julio de 1984, Jesús María.

²³ Marino Benzi, *Les derniers adorateurs du peyoll*, París, Gallimard, 1972 y León Diguët, *Por tierras occidentales, entre sierras y barrancas*, México, CEMCA/INI, 1992. Datos de Kauyumari y Kieri en Benzi y Zingg, *Los huicholes*, México, INI, 1982.

prendieran pronto la vela entonces sí; si no, van a estar bien muertos ya. ¿Usaban como encantamiento para entrar a las casas, como que atontaban a los otros. Y los caseros ¡bien dormidos allí! Él entraba allí, luego ya cierra y vámonos. Y cerraba bien igual la puerta, y ¡vámonos! Cierra bien, igual como estaba, con candado y llave. Y ya se venía con su dinero. Y así, así anduvo. Andaba cargando mucho dinero por aquí abajo. Lo enterró por acá en que le dicen Chimatita, por aquí está en una cueva grande, allá los metió, mucha carga. Que aventaba carga de dinero, entonces allí mismo mataba también la gente. Allí mató a sus compañeros y vámonos también, encima del dinero. Y por eso muchas veces ha ido mucha gente, que por sacar ese dinero. Pero que para sacar ese dinero no, quesque asusta. Se asustan, porque pues como que de veras por ahí va a salir la gente. “Que ándele, que ándele”. Y allí bajan matando. Y no, no hay nada. Los mismos muertos espantan ahí. Yo creo que sí. Los mismos muertos. Y aquí está otro cerro donde también aventó mucho dinero. Cargas: treinta cargas, cincuenta cargas. Aquí en Los Palomos está bueno. Yo he visto ahí. Están unas cuevas ¡hasta abajo! Y ahí los aventó también las cargas. Y quince muertos.²⁴

Pero por fin, Kauyumari terminó con Kieri: de su cuerpo nacieron lobos, serpientes de cascabel, jaguares y tigres. Lograron amansarlo casándolo con la lluvia, pues era tan poderoso que con su música hacía bailar las piedras. Kieri, además de falsario, era feo.

“Como feo, es feo el tal Lozada —escribe Salado Álvarez—; es de cuerpo regular, más bien alto que bajo, tiene el color moreno, la nariz ancha, los pómulos salientes y el cabello alborotado; usa por barba unos cuantos pelos y tiene tuerto un ojo, que perdió pescando con cohetes en un río; usa traje medio indio, medio catrín. Maximiliano acaba de mandarle el uniforme de General de División, el bastón correspondiente.”²⁵

Kieri camina como borracho, hace remolinos y trae viento al risco para despeñar, como Lozada hacía con sus queridas. Cuentan que cuando le gusta una muchacha la manda traer, la mima, la agasaja, vive en su compañía; pero a la hora que la chica lo fastidia o tiene otra en puerta, lleva a la primera a un precipicio de los muchos que abundan en estas sierras, la hace voltear la espalda al desfiladero, la empuja.²⁶

²⁴ Entrevista con Toño y María Valentín, julio de 1984, Jesús María.

²⁵ *Salado Álvarez, op. cit.*, p. 143.

²⁶ *Ibid.*, p. 142.



Gran parte de la leyenda sobre el sadismo, borracheras, mentiras y lujuria de Lozada proceden de Ireneo Paz, pero ya en 1873 muy poco después de su muerte, Juan Panadero le concede la autoría de nuevas formas de tormento. “Una es llamada la de los carcañales ,porque abriéndolas a sus víctimas, hacía pasar por ellas un lazo con el que las suspendía de cualquier árbol. Otra fue la del volantín, porque los que desgraciadamente eran condenados por el Tigre, o por sus secuaces, eran llevados al Salto de Mojarras y en la orilla del precipicio sufrían lanzazos para que, desesperados por el sufrimiento, se arrojaran voluntariamente al fondo; la chamusca consistía en que se les colgaba de los pies con la cabeza puesta sobre un montón de hojarasca seca, al que se le prendía fuego, y las llamas y la humareda se encargaban de quitar la vida a multitud de personas que sufría este suplicio”.²⁷

El Tigre de Álica fue bendecido por obispos pues, además de defender sus fueros, dio asilo al obispo de Guadalajara, disgustado con Miramón; fue halagado por franceses, seducido por liberales, “medio indio, medio negro, medio mulato de hábitos más bien indios”, según Juan Panadero nació en el pueblo de San Luis y quedó huérfano a los cinco años, cuando adoptó el nombre del tío que lo crió. Se inició como bandido por razones de honra, como cuadra a las buenas novelas, más que a los mitos. Enamorado de la hija del patrón y con su anuencia, rapta a la jovencita y se ocultan en una cueva al pie del Cerro Tezontle. Indagando su paredero, el administrador azota a su madre sin clemencia. Cuando Lozada retorna, castiga al miserable y despeña al dueño de Las Mojarras, para vengar a su madre.

Andaban armados todos. Porque más antes, cuando el gobierno los siguió, se vino por Ventanas, se fue a Ruiz, por ahí. Cuando ya se dio, pues. Entonces ya lo estaba siguiendo el gobierno. Y entonces acá, ahí va un camino pa’ la costa. Allí está bueno, está parada así la subida. Y allí arriba puso un cerro, armó piedras allí. Todo allí llenó de gentes, sus compañeros de ellos, pues. Era mucha la gente que anduvo con él. Entonces el gobierno viene allá, los guachos, aventó las piedras: ahí van todas las piedras itras! cayéndose, allí van, ivámonos! Los guachos regresaron para atrás. Los van a apachurrar con rifles, con todo. Y ya,

²⁷ Juan Panadero, 17 de agosto de 1873, en Aldana Rendón, *op. cit.*, p. 75.

por allí quedaron. Todo el gobierno casi está allí, eran muchos, se dejaron allá. Pero ni sabía pues, esos señores, no sabían nada de ese señor que le decían Lozada —Manuel Lozada, se llamaba. Entonces ya muy noche: “vamos compañeros”. Nomás con su machete él, no cargaba ni pistola, ni rifle, nada, nada. Nomás con su machete. Con su sable, le decían sable; antes decían sable. Ya llegando allí donde están los que están cuidando, ¡bien dormidos!, sentado o parado con su rifle ende así, roncando. ¡Vámonos! Zas, y el otro zas, el otro. Un machetazo, los pasó a todos aca. Ya. Los mató a todos. Dan vuelta así. Y el gobierno, ¿qué se da cuenta? Están bien dormidos allí en el medio, no van a sentir nada los que están cuidando. Se van a dormir por allí, sentados, otros parados.²⁸

En enero de 1873, Lozada se enfrenta a Corona en La Mojonera. Asustados, los rebeldes dejan parque y mujeres, huyen en rápida estampida. Corona tampoco se dio cuenta del desastre y se retira a su vez. En los siguientes meses se cruzan numerosas cartas de recriminación, intriga y reproches. Las tropas, desmoralizadas, desertan. El Congreso de Jalisco lo declara su irreconciliable enemigo por su “funesta resolución de promover la guerra de castas, tanto al prepararla como al realizarla; la más escandalosa y arbitraria expropiación territorial de la cual se tiene memoria y una prueba de hechos en el cantón de Tepic”.²⁹

Comienzan las negociaciones con el gobierno, Lozada se queja: “Hoy soy inservible, sin ver lejos ni distinguir cerca, sin ser dueño de montar a caballo con libertad; la vista y la cabeza me hacen mucha falta, la mano no importaba”.³⁰

Ya no podía reunir miles de indios. Domingo Nava, su lugarteniente, lo traiciona y se declara redentor de la raza india engañada. Lozada contrataca. Hay breves escaramuzas entre abril y julio. El 14 de julio, Lozada es capturado. Huía a pie, con algunos hombres y una mujer. Se le juzga sumariamente por el cargo de plagiaro y salteador. Se le condena a muerte. El día 17 permite que lo fotografíen. Antes de su fusilamiento declara: “durante 17 años que goberné los pueblos de Nayarit jamás hice mal a nadie; no me arrepiento de mis hechos”.³¹

²⁸ Entrevista con Toño y María Valentín, julio de 1984, Jesús María.

²⁹ Decreto del Congreso del estado de Jalisco, 12 de febrero de 1873, en Margarita Blanco, *op. cit.*, p. 236.

³⁰ Carta de Lozada a Nava, 14 de marzo de 1873, *ibid.*, p. 250.

³¹ Versión de Vigil, *ibid.*, p. 274.



Ya no me acuerdo cómo lo agarraron. ¡Ah! Pues se presentó con el gobierno. “No me van a hacer nada: yo sólo me voy a presentar con ustedes. Si me mataron, bueno, ya me mataron.”

¿Que no le van a hacer nada? Pues, itanta gente que mató él! Mucha gente mató. Ya, ya lo tenía el gobierno. Una mujer, que su sirvienta, ya estaba lista, seguro el gobierno mismo le ordenó. Y ya que se sentó allí, empezó a echar su alimento. Sacó su pistola. Se murió. De tanto balazo que le habían tirado, pero nunca le habían hecho nada. Pero ya se había entregado solo, ya.

—Tenía una magia, se me hace.

—Tenía yo creo que así. ¡Tanta gente que mató! Eso sí me acuerdo, mucha gente mató. Digo que decía pues, mi padre. Mi papá le tocó, que fue muy viejo. También él decía nomás así, puro oído. De cuento.³²

A medio camino se topó con una mujer y no aguantó. Le habló y estuvo con ella. Pecó y perdió. Siguió su camino. Perdiste y de ahora en adelante tu hermano menor será el primero. Tú quedarás atrás porque faltaste. Tu hermano menor tendrá a su cargo el mundo. Así será siempre —les dijo. Determinó su suerte y es así desde entonces. El menor es el primero, allí está, en el cielo. Les dijo que serían estrellas. Los adornó con un collar y una sonaja, les puso una corona de plumas de perico, los adornó con plumas de halcón blanco y de urraca. Los pintó de colores que causan horror: anaranjado, negro, amarillo y blanco. Los completó, les terminó su atavío. Los dejó en el cielo y desde allí miran el mundo. Con cuidado ven la tierra, con cuidado ven el agua. Les puso rostros hacia todos lados: uno detrás para mirar hacia atrás; uno en el pie, uno en el lado izquierdo, otro para que miren hacia la derecha, uno para que miren el cielo.³³

“La raza indígena ha creído que llegó la hora de volver a los tiempos de antes de la Conquista”, se quejaba Juan Panadero.³⁴ Lozada fue apresado sin oponer resistencia en su pueblo. Estaba tranquilo.

Lozada supo cuándo iba a morir y lloró en un lugar que le nombran río Mala Noche, en Coyutitla de la Mala Noche. Allí dejó enterrado su sable, con un Cristo todo hecho de oro. De noche se escuchan sus la-

³² Entrevista con Toño y María Valentín, julio de 1984, Jesús María.

³³ Preuss, “los hijos de Tonati (Tokamu o ídolo del sol)” en *La expedición de Nayarit*, p. 442-458.

³⁴ *Jun Panadero*, 29 de septiembre de 1872, en Jean Meyer, *La tierra de Lozada*, p. 227.

mentos.³⁵ A su llegada a Tepic: venía Lozada con su querida y veinticinco más. Vestía pantalón y chaqueta de dril rayados, un sombrero de fieltro, llevaba un pie calzado y otro no. Meyer asegura que en un pie calzaba un botín y en otro un huarache.³⁶

Lozada no accedió a ver el primer día a su madre, su esposa o sus hijos. Tras su sentencia pide indulto y se le niega. Pidió que lo fusilaran con su amada pero no se aceptó su última voluntad. La encarga entonces a su esposa. Manda invitaciones para su fusilamiento, se confiesa, pronuncia un último discurso afirmando que no lo atormentaba el menor remordimiento, a pesar de que Juan Panadero lo acusa unos días después de su muerte de haber ejecutado personalmente a más de 74 personas en menos de tres años y haber mandado fusilar a 457 en cosa de dos años.³⁷ Paréxides Núñez cobró 200 000 pesos por entregarlo. Su acta de defunción asienta que su madre Cecilia Cruz, viuda de 54 años, lo identifica como su hijo, de nombre Manuel García, alias, Lozada, de 45 años de edad.³⁸ Tendido en un petate, con dos balazos en la frente, su madre lo identifica, recoge un trozo de su masa encefálica y amenaza: ¡ya lo verán!

Mi madre me hace mal: me entrega a los ancianos.
Mi madre me hace mal: me calza con huaraches negros.
Mi madre me hace mal: me pone ropa pinta.
Mi madre me hace mal: me viste de ropa rayada.
Mi madre me hace mal: me adorna con una vara de claveles.
Mi madre me hace mal: me viste de tonos rojos.
Mi madre me hace mal: con todos mis ropajes me viste.
Mi madre me hace mal: me hace parecer borracho.
Mi madre me hace mal: me pone nariz de peyote.
Mi madre me hace mal: me da todo.
Mi madre me hace mal: termina conmigo, gana siempre.
Mi madre me hace mal: me entrega al terrible dios y nagual utataví.
Mi madre me hace mal: permite que utatavi me encierre en un cerro.³⁹

³⁵ Entrevista con don Toño y Micaela, abril de 1987, Pochotitlán.

³⁶ Telegramas a *El Federalista*, en Jean Meyer, *La tierra*., p. 372.

³⁷ 10 de agosto de 1873, en Aldana Rendón, *op. cit.*, p. 74.

³⁸ Margarita Blanco, *op. cit.*, p. 276.

³⁹ Preuss, "Canto/La naturaleza de la estrella matutina", en *La expedición a Nayarit*, p. 274-279.



Unas mujeres lo vistieron de hábito franciscano. Su acta de defunción religiosa asienta que fue pasado por las armas por delitos políticos y asegura que recibió todos los sacramentos.⁴⁰ Como tantas veces antes se le había dado por muerto, en esta ocasión también circuló la noticia de que pronto reaparecería y durante años enfrentó a sus enemigos en escaramuzas aisladas. Las fuerzas de Lozada se dispersan. Uno de sus hijos fue apreso y enviado a Yucatán. Escapó de San Juan de Ulúa y murió en San Luis de Lozada.

Tras su muerte, Corona recomienda “evangelización, buenos preceptos y escuela”. Zingg recopila una historia donde cuenta que en tiempos de Cristo no había campanas, Kauyumari convierte en bronce a los escarabajos, a quienes correspondía hacer ruido en Semana Santa. Entierra la mitad del bronce en una cueva y con la otra mitad hace las campanas que tañen al abrirse la Gloria. En otra, cuenta que Corona entrega al Santo Cristo a los judíos de Palacio Nacional, en la ciudad de México.⁴¹

Dos años después de la muerte del Tigre de Álica los coras y huicholes se levantan nuevamente en armas. Los relingios se pronuncian contra Lerdo. En 1884 Tepic es declarado territorio federal y en 1917 adquiere el carácter de Estado.

Lozada fue indio, cora, huichol y mestizo, según los diferentes relatos; héroe y bandolero, inmortal. Cuando echaron al agua al hermano menor, enseguida lo agarraron los kuanaise, cuando estaba en el agua. Lo llevaron cerca del poniente del mundo, más allá, allá salió del agua. Esos animalitos lo sacaron. Apareció de entre las aguas. Salió a la orilla. Allí estaba parado y dijo:

—No morí, lo sé, aquí estoy, más allá del mundo.

Y desde allí llamó a su hermano mayor, que también apareció en el cielo. [] Se saludaron y mandaron avisar a su padre, Toakamu: “que sepa que no morimos, que estamos vivos. Pero ya no podemos ir allá, que no nos espere”. Mandaron ese recado y el padre supo que sus hijos estaban vivos.

—Está bien, ya estoy enterado.⁴²

⁴⁰ Margarita Blanco, *op. cit.*, p. 277.

⁴¹ Zingg, *op. cit.*, t. II, p. 266; t. I, p. 133.

⁴² Preuss, “los hijos de Tonati (Toakamu o ídolo del sol)” en *La expedición a Nayárit*, p. 442-458.



Nativista, mesianico, caudillo, padre de los indios, Rey del Nayarit, vengador de la raza india, mito, leyenda, relato y contradicciones. En la sierra, su tesoro y sus secuaces difuntos brillan de noche —como dicen los huicholes brillan en las luciérnagas las almas de los muertos.

“Las fieras han salido de sus cuevas y vienen robando, asesinando, quemando nuestros pueblos.”⁴³ Del inframundo proceden lamentos, chillidos y tentaciones, en espera de alguien que tenga el valor y el conocimiento para hablar con los espíritus, o de que el rayo saque a luz este tesoro de las venerables cuevas. Tal vez se trate de otro tipo de misterio: de la fuente de todos los ríos, del sitio donde enterraron sus doce cargas de dinero los huicholes cuando seguían por las montañas al águila, según cuentan en Pochotitlán. Tal vez sea el ensueño de quienes entrevieron las Siete Ciudades de Oro de Cibola, o la puerta del cerro donde vive aún la culebra que encerró a la estrella del atardecer cuya cola vemos cuando caen los cometas, o el misterioso lugar donde la luz del poniente escurre sobre la piedra roja con diseños de serpiente y que comparte nombre con las Siete Cuevas Primordiales. Lo cierto es que vocés misteriosas llaman y reverberan aún en esta sierra —trátese de la chicharra golpeando con su chillido las altas paredes de las cañadas, del llamado de los sapos en temporada de celo o de espíritus de los indios caídos que piden ser recordados.

⁴³ Juan Panadero en Leticia Reyna, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, México, Siglo XXI, 1980.